

## *El libro de historia como fenómeno cultural*

JUAN DEL AGUA

La característica más sobresaliente e interesante de la vida cultural francesa desde hace unos veinte años es la publicación masiva de libros de historia: de la historia política, social, religiosa, de las ideas, de la literatura, de la filosofía, del arte, principalmente de Francia. Dada la magnitud del volumen y de la duración del fenómeno, no se trata de ninguna moda, sino que emana del afán y de la necesidad a la vez de sustituir los viejos tópicos históricos por una historia más honda, compleja y veraz que la que venía exponiendo los maniqueísmos y reduccionismos vigentes desde hacía más de un siglo. No es que esta "nueva historia" salga de la nada. Se apoya en las interpretaciones y descubrimientos de los mejores pensadores e historiadores del siglo

que. precisamente, no son los que tenían mayor vigencia y "prestigio". La calidad de los nuevos libros de historia es, por supuesto, muy variable, pero el nivel medio es elevado, lo cual permite que vaya emergiendo una idea contrastada, rica y matizada de la enorme realidad histórica de Francia.

Este deseo de llegar a una visión más precisa y clara del propio pasado, y de abandonar las interpretaciones partidistas representa, sin ninguna duda, la parte más creadora de la sociedad francesa (excluyo la parte que corresponde a la invención científica y técnica). Todo ello resulta bastante lógico si se piensa que nos encontramos en el interregno de dos épocas con vigencias residuales y sin nuevas vigencias

**«Este deseo de llegar a una visión más precisa y clara del propio pasado, y de abandonar las interpretaciones partidistas representa, sin ninguna duda, la parte más creadora de la sociedad francesa (excluyo la parte que corresponde a la invención científica y técnica).»**



plenamente establecidas; y si se tiene en cuenta que lo que se busca a través de esta impresionante tarea de rectificación histórica es llegar a una nueva *instalación* de la sociedad francesa en un interpretación más justa y fecunda de su pasado, condición indispensable para hacer frente al futuro con alguna posibilidad de dejar alguna huella fecunda en él.

Esta noble pretensión no impide —y es otro de los ingredientes importantes de la situación presente— que siga funcionando el probado sistema propagandístico de los "falsos prestigios" y *best-sellers* fugaces que les acompañan en el dominio de la literatura y del pensamiento. Monótona, automáticamente, se siguen lanzando los sempiternos "ismos" presentados con distinto embalaje — "postmodernismo", "destruccionismo", de nuevo un incipiente "neomarxismo", concienzudamente programados, hijos todos ellos de un nihilismo que no está dispuesto a dejar el escenario de este mundo. Lo recuerdo de paso para subrayar que los cambios históricos son lentos, problemáticos, inseguros en cuanto a su realización, dependientes en gran medida de la paciencia, perseverancia e imaginación de los que los emprenden; de que la fuerza inercial de las situaciones pasadas dura más de lo que se cree, que a menudo, sucede, en bien o en mal, lo contrario u otra cosa de lo que se esperaba, de que si el hombre es responsable de lo que hace, no lo es de todo lo que le pueda pasar, ni, en

**«Los cambios históricos son lentos, problemáticos, inseguros en cuanto a su realización, dependientes en gran medida de la paciencia, perseverancia e imaginación de los que los emprenden; de que la fuerza inercial de las situaciones pasadas dura más de lo que se cree, que a menudo, sucede, en bien o en mal, lo contrario u otra cosa de lo que se esperaba, de que si el hombre es responsable de lo que hace, no lo es de todo lo que le pueda pasar, ni, en definitiva, dueño de su vida.»**



definitiva, dueño de su vida. Lo cual no es óbice para que no se actúe siempre con energía y sin descanso — pero sin prisa— para alcanzar la meta propuesta. Las dificultades para que las cosas cambien son, pues, grandes. La urgencia de los problemas que hay que resolver también: construcción de una Europa plural y unitaria enraizada en su historia y no meramente tecnocrática, organización de un nuevo orden económico en el que el paro masivo no sea una fatalidad, necesidad de lastrar la vida —la personal y la colectiva— con más peso y sentido del que emana del individualismo y mero economicismo, etc. Y lo más importante, ya que de ello depende en el fondo la solución de todo lo demás: el acceso a la *cultura*, que no es la denominada "industrial" o de "masas", ni tiene por que ser la de los "cultos", del mayor número de personas posible de cada sociedad, ya que de su nivel cultural medio depende la buena marcha de un país y la fecundidad misma de la cultura innovadora. Una buena instrucción pública y una correcta retransmisión de la herencia espiritual, cultural, que pertenece en propio a cada hombre y mujer que viene a este mundo son dos de las condiciones indispensables para ello. Se ve, pues, con claridad la función capital que desempeñan en este proceso los buenos libros de historia.

La casi totalidad de los escritos en Francia son obra de universitarios u ocupan cargos culturales. La calidad es muy variable, pero en la mayoría de ellos siempre se

encuentra algo aprovechable. Escritos, además, con cierta pedagogía son accesibles en conjunto a todo el que posee curiosidad o interés por la historia. El deseo, por tanto, de llegar al mayor número de lectores es claro, y no me estoy refiriendo a motivos de *marketing* editorial ni al interés pecuniario por parte del autor. Se trata de otra cosa. Al final de los sesenta, las consecuencias sociales de "mayo del 68" y el desarrollo del Concilio Vaticano II condujo a buen número de historiadores, lejos del barullo y de la "moda", a emprender una renovación de las interpretaciones históricas al uso vía los archivos y la documentación más amplia posible. No sólo han reinterpretado los viejos temas, sino que han ampliado su investigación a temas nuevos con la finalidad de llegar a tener una visión de conjunto, *integral*, de la historia de Francia. Todos los planos y aspectos de las formas de la vida francesa del pasado —y del más reciente también— han sido o están siendo objeto de estudio.

No es posible aquí entrar en el detalle de la innovación y de las nuevas perspectivas que esta tarea inmensa de los historiadores franceses ha aportado al conocimiento de la realidad de Francia, y, porque Francia es parte de Europa, indirectamente a la del resto de las naciones europeas. Pero sí indicar algunos de su caracteres más relevantes.

Quizá los dos más dignos de señalar son la desaparición de las "mal llamadas épocas o períodos" y el redescubrimiento de la esencial *unidad* de la cultura francesa, a pesar de las rupturas, es decir, la permanencia de ciertos ingredientes constitutivos de ella. Con el primero se quiere significar que, a pesar de las condiciones

**«Al final de los sesenta, las consecuencias sociales de "mayo del 68" y el desarrollo del Concilio Vaticano II condujo a buen número de historiadores, lejos del barullo y de la "moda", a emprender una renovación de las interpretaciones históricas a uso vía los archivos y la documentación más amplia posible.»**

más difíciles, hasta en las épocas más duras y revueltas, la capacidad creadora no desaparece nunca. Ni la capacidad constructora ni la retransmisión de la cultura en los períodos más oscuros de la alta Edad Media, ni los proyectos de reforma religiosa ni la renovación artística en plena guerra de los Cien Años, ni el nivel de la intrahistoria deja de aumentar en el siglo XVIII a pesar del carácter reductor de una parte de la cultura de las Luces, ni el siglo XIX deja de ser religiosamente interesante —la imagen del catolicismo es mucho más compleja y rica de lo que se decía—, a pesar de ser eminentemente progresista, etc. Y ello es así, precisamente porque los ingredientes constitutivos o raíces de la cultura francesa han permanecido vivos *siempre*. (En mayor o menor grado se podría decir lo mismo de la historia de España: no han existido en ella ni "siglos de decadencia", ni "páramos culturales" durante decenios ni eras). Se atiende, pues, a la *continuidad* histórica sin ocultar, por supuesto, la brutalidad de las rupturas ni la articulación de los cambios y de las transformaciones. Y se pone especial cuidado en tener presentes a la totalidad de los protagonistas históricos: minorías, clases dirigentes y pueblo. El interés por recuperar las formas de *la vida común* es bien patente en todos los dominios, principalmente en el religioso y el artístico, y también literario, ya que son los ámbitos de la *cultura general* en los que la vida de *todo* el pueblo se ha expresado con mayor plenitud y esplendor. Lo que no ocurre en todos los siglos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, por lo que los historiadores están particularmente atentos



en buscar las dislocaciones y demás rupturas de la cultura y de la historia de Francia en ese tiempo. Salvo dos o tres momentos, la historiografía actual subraya sobre todo lo que *une* y puede conducir a una nueva concordia y, por tanto, a una renovación del conjunto de la vida cultural, de las "formas de la vida a la francesa", extendidas a la totalidad de la sociedad. Sólo las guerras de Religión del siglo XIV, su violencia y su vandalismo artístico, así como la violencia y vandalismo revolucionario son presentados como paradigmas de lo que en absoluto "no hay que hacer". También algunos aspectos de la historia del siglo XX son considerados bajo la misma luz.

Pero si esta historia se pretende imparcial, integral y con sensual, fuente, sobre todo, de iniciativas innovadoras y de imaginación creadora, quiere serlo fundándose en la verdad de los hechos y su correcta interpretación, poniendo de manifiesto bajo la misma luz y una adecuada jerarquía los aciertos y los errores del pasado nacional. Es, además, *plural*, considerada desde diferentes perspectivas y puntos de vista y cuyo *temple*, casi siempre, podría definirse como de "buena voluntad", aunque, en general, demasiado centrada en Francia y bastante ignorante de la historia de las demás naciones europeas. Síntoma igualmente compartido en otras partes e indicio de lo que queda por recorrer para organizar una Europa en la que cada cual se conozca y conozca a los demás. Por otro lado, esto va a resultar inevitable, pues a medida que se vaya

**« Los ingredientes constitutivos o raíces de la cultura francesa han permanecido vivos *siempre*. (En mayor o menor grado se podría decir lo mismo de la historia de España: no han existido en ella ni "siglos de decadencia", ni "páramos culturales" durante decenios ni eras).»**

continuidad *social* de la ahondando en la historia nacional se verá la necesidad de conocer las de las otras naciones con las que se ha vivido interdependientemente, de conocer el todo dentro del que cada parte adquiere la plenitud de su sentido, y *del papel* verdadero que cada protagonista colectivo ha representado en el drama de la civilización común.

Nueva interpretación de la historia, casi siempre al alcance de cualquiera, ¿quién se interesa realmente por ella? Muchos, sin duda, pero no la mayoría. La parte más cultivada de la nación, pero es una pequeña minoría, aunque decisiva por su importancia social. (No me refiero a la "clase dirigente" que puede ser "cultivada" o no, sino al hombre o mujer de cualquier grupo social que lo esté). La función de la escuela es, por tanto, indispensable. Pero todavía son muchos en ella, como espejo que es de la sociedad, que confunden laicismo con laicidad, y no entienden ni quieren saber nada con la religión, ni con la espiritualidad, ni la sensibilidad artística, es decir, con las partes más finas y específicamente humanas de la realidad del hombre. Por eso decía que la prisa es inútil. Los cambios históricos son lentos, pero cuando la razón está de su parte y la constancia de los que los desean no flaquea, suelen ser inevitables. En todo caso pienso que la tarea realizada por la historiografía francesa, a pesar de sus limitaciones, resulta ejemplar para los que anhelan sacar a nuestro tiempo del agua estancada de la situación presente.